

Sr. Rector Magnífico de la Universidad de Granada,

Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades y Miembros del Equipo de Gobierno de la Universidad de Granada,

Claustro de Profesores,

Estimados colegas de Granada y de otras Universidades que hoy nos acompañan,

Señoras y Señores:

No soy la primera persona que no sabe cómo empezar un discurso tan especial como este. Michael Foucault, en una situación similar, decía *“Me gustaría no tener que empezar...y más que tomar la palabra, hubiera preferido verme envuelto por ella y darme cuenta de que en el momento de ponerme a hablar ya me precedía una voz: me habría bastado entonces con encadenar, proseguir la frase, como si ella me hubiera hecho señas quedándose, un momento, interrumpida”*.

Busco esa frase sobre la que yo ahora, aquí en Granada, quiero cabalgar. La voz que me precede, que mi discurso busca al empezar, no puede ser otra que mi propia voz: mi voz convertida en memoria, que, al revivir la historia, trata de reproducir la misma emoción con la que en su día la vivimos.

Hay momentos del devenir personal en que se presentan encrucijadas decisivas. En mi caso, la casualidad hizo que, cuando la licenciatura de Economía se empezó a impartir en la Universidad de Alicante, me asignaran la docencia de Matemáticas para Economistas. Ello llevó a colaborar con Antonio Villar en un primer artículo de contenido económico, un artículo en el que mi aportación fue fundamentalmente técnica. En un golpe de audacia, presentamos este trabajo en una conferencia sobre Economía Matemática en Méjico, conferencia en la que tuve la fortuna de conocer a Salvador Barberá y a Joan Esteban, lo que me abrió los ojos a un mundo universitario muy diferente del que había conocido hasta entonces. Aprendí a valorar el riesgo, a no temer equivocarme, y sobre todo sentí que en el campo de la Economía podía haber un sitio para alguien con mi formación.

Fue, en efecto, algo bastante inesperado. En aquellos tiempos yo acababa de terminar mi tesis doctoral en Análisis Funcional, bajo la dirección (otro golpe de la fortuna) de D. Manuel Valdivia, sin duda uno de los mejores en su campo. Formaba yo entonces parte de un pequeño equipo de doctorandos, con Manolo, mi marido, y Juan Antonio Mira, que así, en grupo, y en la naciente Universidad de Alicante, nos atrevimos a trabajar con él. Don Manuel, al que estoy infinitamente agradecida por haberme enseñado a amar la investigación y a enamorarme de cada resultado, era un ejemplo de generosidad y sencillez. Nos recibía en su casa durante interminables veladas, y esa

generosidad la completaba María Teresa, su mujer, que nos daba de comer mientras trabajábamos.

Dijo Antonio Machado que“*si el hombre no pudiera dudar de la matemática, es decir, de su propio pensamiento, no habría dudado nunca de nada*”. No sé si esta intrusión en la economía se puede entender como una forma de duda de una persona con formación matemática, pero lo cierto es que, contra todo pronóstico, y mientras publicaba los resultados de mi tesis, el análisis matemático se me reveló como una llave capaz de resolver una gran variedad de problemas económicos: desde generalizar modelos input-output, a proporcionar medidas de pobreza o de desarrollo, e incluso analizar situaciones de asignación de recursos para la sanidad. ¿Puede haber algo más interesante y divertido que mirar un problema y encontrar la forma de dar una respuesta diferente o novedosa a una vieja pregunta? ¡Aquella primera colaboración con Antonio dio lugar a tantas y tantas experiencias! Experiencias que se fueron multiplicando por el mundo, no tanto porque el mundo sea una aldea global, sino porque también aprendimos a visitar las diferentes “aldeas”, empezando con las colaboraciones con Takao Fujimoto, la estancia en Oxford con James Mirrlees, en Rochester con William Thomson, en Davis con John Roemer....y un largo etcétera.

Uno de los temas de investigación a los que más tiempo he dedicado es el análisis normativo de los problemas de racionamiento; en otras palabras, “cómo repartir cuando no hay bastante”. Un problema que, si siempre es de actualidad, lo es mucho más en los momentos actuales de crisis, recesión y recortes en el gasto público, y en el gasto social en particular.

No hay una única forma de repartir la escasez. La economía normativa, por un lado, y la teoría de la justicia, por otro, ayudan a seleccionar los procedimientos más adecuados entre los muchos posibles, basándonos en criterios de eficiencia y equidad. Es decir, seleccionamos una entre varias formas de reparto, atendiendo a las propiedades normativas que cada una de ellas cumple. La equidad se entiende aquí no como igualitarismo absoluto, sino como compensación equitativa a los derechos, las necesidades y los méritos de los miembros de la sociedad. Como ya decía Aristóteles, “*justicia no es tratar a todos por igual, sino tratar igual a los que son iguales, y diferente a los que son diferentes*”. Y este “ser diferentes” puede referirse a diferencias en las oportunidades, o a diferencias en los comportamientos. Las diferencias en oportunidades requieren diseñar mecanismos de compensación (esto es, transferencia de recursos de los que tienen más a los que tienen menos). Las diferencias de comportamiento requieren recompensas o penalizaciones, con el objeto de incentivar las actuaciones socialmente mejores (esto es, dar más a quien hace más, y quitar a quienes hacen menos).

Es, entonces, cuando la acción de quien toma las decisiones, juega un papel esencial. Si la justicia se entiende mal, los repartos darán lugar a injusticias o a ineficiencias. Y la legitimidad de los dirigentes está en juego cuando no son capaces de dar una respuesta adecuada a las necesidades y demandas de los ciudadanos. Ello puede llevar, en el mejor de los casos, a elevar el tono de las reivindicaciones y a polarizar la sociedad. Pero también tiene otro efecto, menos obvio pero quizá más dañino: la desconfianza; desconfianza que provoca inhibición, reduce la productividad, impide el desarrollo y el crecimiento, y pone a la sociedad en el camino del desastre.

El problema de asignación de recursos en los tiempos de bonanza, en los que lo que se reparte es más que suficiente, no es muy distinto formalmente del reparto de la escasez. La diferencia es que, en principio, los errores no se pagan políticamente de inmediato, y la sociedad tiende a acomodarse, dejando de ejercer el control necesario sobre las decisiones de los gobernantes. Sólo la madurez política de la sociedad obliga a los reguladores a rendir cuentas de sus decisiones en ambos escenarios, y garantiza una senda equilibrada, en la que los shocks son menos traumáticos. En estos tiempos convulsos, en que los sistemas sociales, políticos y económicos parecen estar en cuestión, es cuando resulta más necesario volver a la axiomática, resaltar la importancia de los principios básicos, para así poder garantizar el buen funcionamiento de las instituciones.

La Universidad es la institución en la que se ha construido toda mi historia intelectual y profesional, y quiero hablar un momento de ella. La Universidad es una institución sensible a las más distintas motivaciones, socialmente flexible, pero al mismo tiempo con fuertes inercias ante el cambio. Es una institución capaz de conocer los gestos más altruistas, los compromisos más responsables o de fomentar los estados de cooperación más altos. Al mismo tiempo, es capaz de vivir enormes miserias intelectuales, y, en esta tensión entre la mediocridad y la excelencia, las acciones de sus gobiernos pueden transitar por caminos peligrosos. Por ejemplo, en momentos de fuertes recortes, como el actual, la estrategia menos comprometida, la que crea menos conflicto inmediato, es utilizar criterios igualitaristas mal entendidos (esto es, tratar a todos por igual, aunque no sean iguales). Esta estrategia, sin embargo, tiene consecuencias catastróficas. Estamos viendo cómo las universidades extranjeras se llevan a nuestros mejores investigadores, los que tienen un alto coste de oportunidad. Los que no podemos reemplazar. Y no estamos haciendo nada al respecto. En tres años hemos retrocedido veinte en nuestra capacidad competitiva en investigación. Y el esfuerzo –enorme- de estos últimos años, se está dilapidando alegremente, sin que nadie, ni a nivel del Estado, ni de las Comunidades Autónomas, ni de las propias Universidades, parezca genuinamente interesado en mover ficha en la dirección adecuada.

Y es que el comportamiento habitual en nuestras Universidades, salvo honrosas excepciones, no es lo que Salvador Barberá, en su discurso del Premio Rey Juan Carlos de Economía, llamaba un “comportamiento normal”. Porque, decía Salvador, *“No es normal la endogamia, no es normal que haya profesores que no escriben, no es normal que determinados sabios locales no se sometan jamás a una evaluación”*. Y yo añadiría: no es normal la inmovilidad, no es normal poner trabas a la internacionalización, no es normal que las contrataciones no sean competitivas, no es normal que nos quedemos con quienes no producen y perdamos a los mejores.

Lo relevante, sin embargo, es que esa normalidad es posible. Siempre que se quiera, lo es. Y la prueba tiene que ver de nuevo con las encrucijadas de la vida, cuando un grupo de economistas universitarios decidimos intentar que cada uno de nuestros Departamentos funcionara de forma “normal”, con el compromiso de hacerlo simultáneamente en diversos lugares: La Universidad Autónoma de Barcelona, la Universidad Pompeu Fabra, la Universidad Carlos III de Madrid, y (¡oh sorpresa!) la Universidad de Alicante (aquí el grupo de promotores incluían, además de a Antonio, a Luis Corchón y a Fernando Vega). Esta gran aventura contribuyó significativamente al cambio de actitudes en muchos otros Departamentos de Economía del país y a generar un flujo de investigación homologada en este campo nunca imaginado hasta entonces.

El resto es historia. Llegó el QED, nuestro programa de doctorado y su red internacional, y el paso por Alicante de una enorme cantidad de investigadores procedentes de universidades de todo el mundo. El apoyo institucional unas veces, la incompreensión, otras, los errores y los aciertos. Pero ahí seguimos. Y ahora un grupo importante de jóvenes, la siguiente generación, ha cogido el relevo, y me enorgullece decir que, a pesar del tiempo, de las dificultades, y de los problemas –algunos muy muy importantes- Alicante sigue siendo, junto con los mencionados anteriormente, un Departamento de referencia, con comportamiento normal, y en él se publica más y mejor que nunca. Los pioneros ya no somos imprescindibles. Ese es, realmente, nuestro éxito.

Recientemente he trabajado en la construcción de indicadores que permiten ordenar el funcionamiento de las instituciones, o establecer rankings entre las mismas. Con indicadores bibliométricos –materia en la que la Universidad de Granada tiene equipos destacados-, se puede comparar la producción científica de los Departamentos, y ordenar Universidades. La idea novedosa consiste en realizar “evaluaciones relativas”. Esto es, uno (un Departamento, un sistema educativo, un equipo de fútbol) es bueno o no, dependiendo de con quién se le compare. Utilizando esta idea hemos desarrollado un instrumento que, sólo con información probabilística, consigue ordenar grupos en base a su funcionamiento. Aplicaciones de este instrumento, permiten, por ejemplo, comparar los sistemas educativos de la OCDE a

partir de los datos de PISA, o comparar la producción científica de diferentes países. Una característica interesante es que podemos identificar qué grupos son razonablemente comparables, es decir, conseguimos separar los grupos por categorías. Si hablásemos de equipos de fútbol, podríamos identificar cuales son de primera división y cuáles de regional, por ejemplo. En la aplicación de este instrumento a la evaluación de la producción científica, los primeros resultados indican que España, como país, sigue todavía en la “champions league”, pero es impredecible, dadas las circunstancias, saber por cuanto tiempo seguiremos entre los mejores.

Aunque es muy estimulante encontrar aplicaciones derivadas de trabajos muy formales, quisiera romper una lanza a favor de la investigación básica. Una de las obsesiones recientes de nuestros dirigentes es la aplicabilidad inmediata del conocimiento generado en la investigación; la, en muchos casos mal llamada, “transferencia”. La transferencia llegará (o no, o tardará años, o siglos), pero no es posible generar conocimiento potencialmente aprovechable sin una buena técnica de investigación que esté preocupada únicamente por el desarrollo del conocimiento *per se*. Ese trabajo, que se realiza sin intención de rentabilidad alguna, *por amor al arte*, es lo que garantiza, en palabras de José María Torres, *“que el trabajo y el conocimiento hayan sido trasladados de la esfera economicista a la esfera humana”*.

La investigación es una actividad pausada, que necesita calma, muchísima dedicación y una altísima dosis de cariño. Cada problema que uno aborda, cada tema nuevo, se convierte en algo similar al zorro de El Principito, que pide, con ansiedad, *“ser domesticado”*, y explica, a continuación, que esto solo se puede conseguir *“siendo muy paciente, sentándose en la hierba y acercándose cada día un poco más”*. Como dice el filósofo Byun-Chun Han, *“el eros es la condición previa del pensamiento”*. Y el conocimiento generado, que incluye necesariamente el amor es, ya en sí, lo suficientemente valioso.

En una cena coloquio con el Premio Nobel Robert Aumann una periodista hizo un comentario sobre la importancia que debía tener la investigación aplicada en Israel, para explicar su alto desarrollo tecnológico. Aumann, mesándose las barbas con parsimonia, respondió *“Israel, como usted sabrá, es la segunda potencia tecnológica del mundo, después de California. Uno podría pensar que es porque tiene muchos ingenieros y muchos tecnólogos. Pues no. Es porque tiene muchos físicos, químicos, matemáticos e investigadores básicos que producen conocimiento. Sin ellos, los que hacen las aplicaciones tendrían las manos vacías”*.

Quiero reivindicar este concepto de la investigación para el trabajo de dirección de tesis, cuando iniciamos a nuestros estudiantes en esta hermosa tarea. Y recordar a los que han trabajado conmigo en este periodo maravilloso de su iniciación. Siempre han sido una fuente de inspiración y exigencia, obligándome a enfrentarme a nuevos retos, y de alegría y satisfacción, con sus éxitos y realizaciones.

No quiero terminar –seguramente debería haber empezado por ahí-, sin un agradecimiento muy especial a la Universidad de Granada, a la Facultad, al Departamento, y especialmente a las personas que han colaborado intensamente para que esto sucediera (Pablo Brañas, Nikos Georgantzis, y mi madrina, Mar Holgado). Gracias por haberme concedido esta distinción.

Además de la alegría personal y profesional que esta distinción supone, hay varias razones que la hacen aún más querida. Hace ya unos años, en 1999, tuve la fortuna de ser la madrina de Andreu Mas-Colell, cuando fue investido Dr. Honoris Causa por la Universidad de Alicante. Estar ahora en esta situación en la Universidad de Granada es para mí un honor adicional. La Universidad de Granada es una institución de enorme solera, diseñada por Carlos V y culminada por Clemente VII, que en una bula de 1531 le concede los mismos privilegios que a las Universidades de Bolonia, París, Salamanca y Alcalá. Sin embargo, en los casi 500 años de su historia, sólo dos mujeres me han precedido en esta distinción. Ser la tercera en la lista me enorgullece de manera especial, y espero que sigan muchas compañeras más.

Granada tiene un sabor agrisado para mi familia. Aquí murió mi padre de modo repentino e inesperado hace ahora 40 años, y la belleza, la dulzura y el color de esta hermosa ciudad siempre han estado empañados por este hecho. Me parece maravillosa la coincidencia de que esta ciudad nos dé ahora esta gran alegría, y poder compartirla con mi familia: mis hijos, mi nieto, mis hermanos y mi madre, que a sus 96 años, sigue siendo la fuente de cohesión de todos nosotros. Emulando los versos de Oliverio Girondo –él se refería a la Alhambra- espero poder decir yo desde ahora pensando en esta Universidad

*“Decididamente,
cada vez que salimos de Granada,
es como si volviéramos de una cita de amor”.*

MUCHAS GRACIAS

Carmen Herrero

Viena, Abril de 2014